



Piel Adentro

Silvia Margarita Moretti

Se despertó intranquila, le picaban los pies y el vientre. A oscuras tomó la crema que se ponía en las manos todas las noches y untó la zona.

Estaba muy cansada, se acomodó y continuó durmiendo.

Despertó muy temprano. Al ducharse descubrió su piel enrojecida y alterada.

Volvió a encremarse, esta vez sin resultado.

Abrió las ventanas, retiró la ropa de cama y la puso a lavar con un programa más extenso.

Roció el colchón, rincones y ventanas con insecticida. Aireó el dormitorio varias horas. Colocó sábanas limpias, otro acolchado y sacó las alfombras al patio.

El cuarto poseía la asepsia de un quirófano. Había eliminado cualquier presencia de gérmenes.

Como un río desbordado por la correntada el prurito arrasaba su piel. Ascendía por las piernas, espalda, hombros y cuello.

Algún afluyente se esparcía por el cuero cabelludo. Al zarandearlo desprendía volátiles escamas blancas que se posaban en ella. Presagio de tormenta.

Solo su rostro resultaba inalcanzable, por ahora, a las aguas púrpuras.

Se visibilizaban pequeños fragmentos de la que fuera una piel aceitunada y sedosa.

Empezó la vertiginosa consulta médica. Desde la clínica, dermatólogos, alergistas y llegó a los profesionales más empoderados.

Escucho los más variados diagnósticos. Alergias, pitiriasis rosa, reacción al sol, carencia de vitamina A. Realizó todos y cada uno de los tratamientos indicados. Los análisis de sangre y orín acusaron resultados correctos.

Ingirió pastillas, corticoides, betametazol, inyectables, hidroxicina, nada aliviaba los síntomas.

Agotada y desesperada al ver la falta de mejoría cuando observaba las palmas de sus manos agrietarse, su cuero cabelludo convertido en almácigo de diminutos granitos, el creciente eczema y la comezón, se decidió.

Esa noche saltó aturdida y sobresaltada por la pesadilla. Al pisar la arena blanda se hundió en un gran hormiguero destruyendo el hábitat de los insectos, que reaccionaron en forma masiva y despiadada con ella.

No podía continuar así. La decisión estaba tomada. Llevaría a cabo la sugerencia que le hizo aquella gitana desdeñada de extraña mirada, en una de las salas de espera.

Recordó la imagen de la zíngara. Sentada en un rincón, cabeza gacha, con una notable joroba, casi una mochila. Piernas separadas cubiertas por una amplia pollera fruncida con capas y capas de algodón, gasa, fibra. Pensó en una cebolla. El olor aliáceo, se escurría cadente. Un aviso de estar en ruinas y a punto de desplomarse.

Las desvencijadas sandalias sostenían unos pies resecos, callosos, con uñas quebradas que acumulaban muestras de polvo a causa del destierro.

Puso el GPS hacia ese destino. Encendió un cigarrillo, condujo despacio hasta ver el desvío señalado con lo que en algún momento fue un cartel "PIEDRAS BLANCAS".

Un lugar desolado, una huella sin tránsito, vegetación achaparrada y rala sobreviviente del viento.

Enclavado en el suelo polvoriento el rancho, de cuya chimenea emergía un humo gordo que se mecía colgado de las nubes.

Golpeó las manos, un perro viejo echado al sol, imitó el sonido de un ladrido.

La puerta se abrió con calma. Un anciano menudo con pañuelo negro en el cuello, papiros sepia su rostro, mirada grávida de sufrimiento, le dio la bienvenida. Extendió su brazo invitándola a ingresar.

Con desconfianza su mirada recorrió el interior. Despojado de muebles excepto una mesa de madera, dos sillas y una especie de altar repleto de objetos y estampas. Alcanzo a ver la difunta Correa, Pachamama, chamanes, San Cayetano, Gauchito Gil y un crucifijo entre otros.

Las paredes impolutas refractaban una resolana diferente, no lastimaba los ojos, los acariciaba.

El patriarca del clan devenido a ermitaño solitario observaba en silencio. El diálogo no fue necesario. Miró su piel a la que llamó Mar Rojo. Luego de unos

minutos, abrió sus ojos le soltó las manos y con un timbre sereno y paternal le dijo: - Hija tienes que buscar piel adentro. Olvida la superficie. Es la punta de un iceberg.

- Tienes el rostro limpio para que los ojos vean tu intimidad.

- La cura está en tu interior. Es una implosión lo que te aqueja. Araña las entrañas. Puja por salir.

Mientras se incorporaba con dificultad repitió: Piel adentro.

Subió al auto, puso el pañuelo colorinche que le dio el anciano en la guantera, se volteó para mirar una vez más.

Se impactó con la imagen luminosa que emergía del lugar. El humo, guirnalda de nubes, aureola sobre rancho.

No hizo preguntas al leer palabras que levitaban: No eres lo que crees. Tu destino fue torcido. Atesoró la imagen. En el camino rumió la inédita revelación del calé, su abuelo.

El intenso tono amapola empezó a retroceder. Los montículos del sarpullido se desvanecían erosionados por la verdad.

Su identidad. La aceptación de su trágico pasado. La había embarazado un payo.

Su madre expulsada de la comunidad, sin dióló en su cabeza, gira en el exilio con la culpa a cuestas.

-Te la vendo, te la vendo.

DESCONCIERTO

Fue un shock, sintió que su organismo no recibía oxígeno necesario para funcionar. El desconcierto y la incertidumbre la asfixiaban.

¿Porque ocultarle su identidad? No podía creer lo que le estaba ocurriendo.

Solo atino a beber un té y acostarse. Estaba exhausta.

Lo primero que hizo al levantarse fue buscar la caja entelada blanca con lunares rojos. Ahí conservaba su madre lo importante.

Las fotos, sus dibujos de infancia, aritos sueltos guantes sin compañero. ¡En una caja cabía tanto pasado! Leyó los datos de su partida de nacimiento. Todo estaba en orden.

Siempre le intrigó su segundo nombre Luminitsa. No le agradaba, pero el significado que tenía para su madre, Pequeña Luz, la enternecía. Igual todos la nombraban con el primero, tan común, María...

La foto amarillenta la volvió al presente. Los vecinos de Murcia. ¿Vivirían aún?

Desde que sus padres fallecieron se fue desvaneciendo el contacto. Eran unos años más jóvenes que ellos. Aitana y José tan solidarios y generosos. Se los sentía como familia. Se había construido un vínculo profundo y sincero.

Siempre dispuestos a dar una mano. Una oleada de nostalgia la embargó. Se escurrieron lágrimas indiscretas.

No dudó en que la ayudarían. Inició los trámites del pasaporte, sacó el pasaje para Murcia. Solicitó licencia en su trabajo. Alistó una valija mediana.

Varias horas de vuelo, doce, catorce, había perdido la cuenta sumergida en interrogantes. El avión aterrizó en Barajas, Madrid.

Aún faltaba un trayecto largo hasta Murcia. Los cuatrocientos km los haría en colectivo.

Se ubicó junto a la ventanilla. Empezó a disfrutar el paisaje rural a medida que se desdibujaba la urbe.

Gradual fue surgiendo la pintoresca geografía. Las sierras coloreadas de tonos verdes en degradé, jugando con las luces y sombras, contagiaban calma y serenidad. Un bálsamo visual para el dolor.

Surgió el ocaso con rojos, mandarinas y magentas como una fogata chispeante.

Se alojó en una hostería sencilla, al día siguiente trataría de ubicar a Aitana y José.

REENCUENTRO

Al atravesar la puerta la recibió una mañana luminosa de junio.

Trastabilló por el huracán de ayer azotando su rostro. Se agolparon los recuerdos todos amontonados como avalancha.

Aturdida se apoyó en la pared para reponerse. Páginas y páginas de otrora en aleteo incesante.

Repuesta, se encaminó a la capilla en busca de información. Averiguaría sobre Aitana y su esposo. ¿Vivirían? ¿Se habrían mudado? ¿La recordarían?

Las dudas comenzaron a angustiarse. La única posibilidad podía desvanecerse. Grises oscuros y negros opacos ciñeron su expectativa.

Decidida se encaminó a hablar con el párroco. La recibió un cura joven, Rafael, el que ella recordaba estaba en una casa que albergaba a los sacerdotes ancianos. No tenía sentido ir a verlo ya que padecía un avanzado alzheimer.

No había previsto esta situación. El tiempo también transcurrió en Murcia. Se sobrepuso al revés y tomó envión.

Rafael no pudo darle mucha información ya que hacía dos meses que se había hecho cargo. Pudo confirmarle de acuerdo a los registros que no se habían mudado. Ignoraba donde residían. Se animó para continuar la búsqueda.

Decidió aplacar su ansiedad. Pidió unas tapas con cerveza y dejó a sus ojos recorrer el entorno. Su mirada deambuló por las viviendas pastoriles, las pallazas. Olió el calor de hogar, los vapores cotidianos, el aroma a paella y las exquisitas migas que cocinaba su madre.

El mugido de las vacas en las noches y el calor que irradiaban a su casa de piedra en gélidos inviernos.

El reencuentro con el terruño, con las raíces resultó desconcertante. Abrigada con la calidez sensorial de ayer se fue a dormir.

El cansancio provocado por el tumulto de emociones la sumergió en un descanso profundo.

Se levantó a media mañana con energía para continuar la búsqueda de los queridos vecinos. Luego de desayunar empezó a caminar por las callecitas tranquilas, dejó que la brisa jugara a su antojo con sus cabellos se dio permiso para recorrer y disfrutar sin tanto apuro.

Inició el recorrido internándose en la zona rural, viviendas en su mayoría de piedra, mantenían distancia unas de otras. Se las ubicaba rápidamente por el humo sinuoso de sus chimeneas.

Las pocas voces que se oían llegaban débiles y confusas interrumpidas por ladridos juguetones.

Largos cordeles vestidos con ropa húmeda se zarandeaban, como barriletes en pleno ascenso.

Le pidió al conductor que ingresara a la primer vivienda que se toparon.

La amabilidad en el saludo le dio confianza, distendida preguntó por Aitana y su esposo. Si bien los conocían de nombre no tenían relación con ellos. La orientaron indicando la zona donde residían.

Luego de agradecerles continuó el viaje hacia ese lugar.

Fueron parando en varias casas más sin suerte. Lejos de acobardarla su interés crecía. La adrenalina la dominaba. Su actitud era cada vez más férrea.

La carbonilla nocturna, los sonidos ausentes, la quietud pasmosa ponían fin a la búsqueda por ese día.

Al día siguiente retomaron el camino con rapidez y avanzaron a la zona aun no explorada.

Varios intentos fallidos pero la escasa información conseguida abría un abanico de posibilidades de estar cada vez más cerca.

La abulia del conductor se leía en su rostro. Lo motivaba a proseguir únicamente su salario, abundante por cierto.

Las viviendas empezaban a extinguirse. La esperanza también.

DESTINO

Escondida en un paraje solitario rodeada de árboles y flores amuchadas multicolores surgió la casa tan buscada. En ella vivían las personas tan anheladas de encontrar.

Un largo y entrecortado suspiro la embargó. Sintió que se paralizaba. ¿Cómo reaccionarían? Debía ser cuidadosa y gentil ¿y si la rechazaban? Tantos, tantos años los abandonó en el olvido. Tenían derecho a reprochárselo. Los temores y dudas la asaltaban.

Una voz frágil, dulce y gastada emergió desde la mecedora al lado del pino.

Una encogida anciana se levantó con dificultad. Las cataratas de sus ojos denotaban asombro por desconocida visita.

María dio las buenas tardes y preguntó por Aitana. La respuesta fue un Ave María Purísima. - Sin pecado concebida - se fugó de los labios de María, incrédula por su involuntaria respuesta.

Incrédula y con extrema emoción Aitana estrujó entre sus brazos a María.

Conglomerado de preguntas, risas, lágrimas, anécdotas, decenas de recuerdos las absorbieron hasta el crepúsculo.

Se despidieron acordando encontrarse al día siguiente y la promesa de María en alojarse unos días con ella.

Llegó durante la tarde. Tenía el cuarto preparado para ella.

Aitana había respondido en forma ambigua cuando preguntó por José el día anterior.

Era un hecho que en la casa no estaba. Pese a la intriga privó la prudencia.

No podía ni debía atosigar con su curiosidad y recuperar la confianza y el vínculo después de tantos años.

A medida que la conversación se hacía más fluida y natural con el paso de los días, decidió que era tiempo de ir a lo suyo.

Sentadas cerca del pino, disfrutando de la delicadeza aromática y colorida de las flores que las rodeaban, bebían té con vainilla y cascaritas de limón.

Era el momento propicio para avanzar con sus dudas existenciales. Ese instante que será Irrepetible. Despojada de formalidades se abrió en confesión con la anciana.

Narró los sucesos con el gitano de Piedras Blancas, la sugerencia de la zíngara y su desesperación por conocer la verdad.

Aitana la escuchaba impávida, su mirada abstraída en las montañas, las manos apretaban el chal de lana.

Borbotones de palabras se estrellaban entre sí para salir del encierro, con espanto, enojo y llanto.

Agitada y confundida con tremenda revelación.

La anciana dejó que vomitara todo lo que tenía adentro. No la interrumpió. Era imprescindible su desahogo. Debía estar depurada de enfado y rabia para lo que le faltaba saber.

Sirvió otro té caliente con miel y canela en silencio, la invitó a beberlo, se sentó en la mecedora. Miró a los ojos a María y le dijo - Te escuche sin interrumpir .Me imitarás.-

La muchacha se acomodó expectante.

Mucho desconoces de las tempestades que navegaron tus padres. Te preservaron para evitarte sufrir. Ellos tomaron el timón. Te protegieron de los avatares que enfrentaron.

Tu madre y yo fuimos hermanas de la vida, las dificultades y penas. Estábamos en comunión.

Tuve un hijo, un varón. Él falleció a los tres años por la peste que azotó a España.

Mi vida se extinguió junto a la suya. Fue tu mamá la que me rescató. Sin ella no hubiera podido.

- Bueno, ese es otro tema- En esos sombríos años padecimos penas y desconsuelos.

Tu madre ansiaba un hijo, los abortos espontáneos fueron debilitando su cuerpo, psiquis y corazón.

Una depresión profunda la hizo su esclava. Se desbarrancaba sin freno psíquica y físicamente. Cosme, tú padre y José eran buenas personas y esposos responsables, pero muy ignorantes en el campo de las emociones y la sensibilidad femenina.

María escuchaba perpleja. Intuía una hecatombe a punto de arrollarla. Sacudió la cabeza, estiró las piernas y se preparó para lo que fuera.

Aitana notó su actitud. Le sugirió una pausa. La negación rotunda la obligó a continuar.

Tu madre fue internada por el descenso de peso, delirios, desmayos y crisis nerviosas entre otras manifestaciones.

Cosme se sentía perdido, impotente y apabullado.

-Hija cenemos que ya es tarde y me siento cansada. Tú sabes, a mi edad.

María asintió, ella también necesitaba un respiro.

Caminó despacio en la diáfana noche, acompañada por el grillar de los machos como única compañía.

Durante la cena no se tocó el tema.

DESENTRAÑAR

La luz sonrosada de la aurora ingresó por las cortinas de voile y se posó en su rostro. Esperó la salida del sol para levantarse.

Al abrir la ventana una paleta de colores, un coro de aves y un tapiz de rocío ingresaron por ella.

El crepitar de la leña ardiente, las lenguas naranjas rojizas con terminaciones doradas en la cocina de hierro, la entibio de añoranza.

Aitana reanudó su testimonio de los hechos

Tu padre compró un auto usado para poder visitar a tu madre en el hospital.

Así conoció al gitano anciano que me mencionaste. En esa época era un patriarca de su comunidad. Con poder, dinero y conexiones. Y a su única hija, una joven solitaria y triste que ya tenía su destino acordado.

La dote que abonaría un hombre bastante mayor y muy desagradable por ella, era muy, muy alta.

Los festejos por el acuerdo matrimonial duraron varios días. No escatimaron en gastos ni en detalles.

Las visitas de Cosme al hospital se fueron espaciando. Abatido por la soledad y la desesperanza se aferró al alcohol. Era un extraño errante e irascible.

Las dos se sobresaltaron por el escandaloso bochinche que provenía del gallinero. El andar lento de Aitana hizo que María llegara primero. Un zorro había sido el causante. Bastó con espantarlo.

Las tristezas se atraen, se buscan, se necesitan y se potencian. Las causalidades suelen parir nuevas e inimaginables realidades.

Una red de tristeza enlazó a la muchacha gitana y al harapo de su padre.

Tal vez fue una manera de evitar ahogarse con sus propias penas. Tal vez fue una forma de esquivar que el dolor los devorara por dentro.

La cultura gitana es despiadada con quien transgreda sus normas.

El embarazo de la joven con un cipayo destruyó al patriarca. El deshonor, la traición a su sangre y la humillación resultaron nefastos.

Cosme ocultó a la joven embarazada. No se los volvió a ver por estos lares hasta aquella madrugada, que golpes insistentes en nuestra puerta nos despertaron.

Los leños de la cocina cesaron de crepitar y las llamas se apagaron. El rostro de María se deformaba, pupilas dilatadas, palidez extrema y su inmovilidad corporal la habían transformado en una estatua de cera.

Permanece en mi retina y en mi corazón la postal de tus padres en el umbral.

Tu madre con una sonrisa desde el lagrimal al rabillo de sus ojos brillantes, abrazaba una pañoleta esponjosa y rosada. Ternura y sobresalto se conjugaron.

Los ocultamos cuatro o cinco años pensando que el tiempo apaciguaría la tormenta ¡Nos equivocamos!

La zíngara fue expulsada de su familia, vagaba en tierra de nadie. Su padre solo conservó de ella un diablo colorido, regalo de boda que nunca entregó. Icono de dignidad, lealtad y fidelidad.

Agitó con energía el mantel sobre la mesa para recuperar a María del letargo causado por la angustia.

El aroma y el amarillo oro del arroz emplatado, acompañado de una copita de licor de mandarina fue la pócima que Aitana sirvió en esa cena.

En la sobremesa, con el licor como compañía, supo que su madre creyó en la mentira piadosa y blanca de Cosme hasta su muerte.

Había pagado varias pesetas a la mujer que la dio en adopción. Verdad a medias, el dinero fue dado para que pudiera ocultarse y sobrevivir.

Notó tanta pesadumbre en la voz de la anciana que intentó hacer una pausa para preguntar por José, al que en esos días no había mencionado. Esquivaba con ambigüedades cuando le preguntaba.

Por el cansancio, el peso que conlleva atesorar tantos secretos la mujer decidió alivianar su espíritu.

José había sido incondicional con sus padres. Los ayudó a ocultarse y también a emigrar para abandonar una tierra teñida de desgracia.

La ira de la comunidad gitana se vengó con él. Nunca dieron con el responsable de su muerte.

Dos lágrimas secas en las mejillas de Aitana. Enmudeció.

DESPEDIDA

Apoyó la maleta, atizó el fuego de la cocina, en sus brazos extendidos se acurrucó la anciana.

El sonido del motor alejándose, las manos agitando el aire, se esmerilaron hasta disolverse en la línea de cielo y tierra.

Observó el infinito océano, rumió las palabras que le dijo. "Cuando penetras un laberinto no siempre encuentras la salida que buscas".
El taxi la condujo hasta su casa.

En el zaguán, sobre trapos viejos hecha un ovillo, aferrada a unos desteñidos escarpines rosa, la esperaba.